

El Negro Obeso

VICENTE CARABALLO*

*En celebración de mis bodas de plata profesionales,
que se cumplen el día 8 de junio del presente año,
doy a la publicidad este libro
y lo dedico a mis hijos*

Centro de Historia de Santa Cruz de Mompox.- N°. 46.

Mompox, 7 de marzo de 1943.

Señor doctor Vicente Caraballo O. -Pte.

Estimado doctor:

Con mucho gusto le transcribo la moción que presentó el señor presidente del Centro, señor Pbro. Rodríguez H., en la sesión del día primero del presente y que fue aprobada por unanimidad:

* Miembro fundador y de número del Centro de Historia de Mompós, miembro correspondiente de la Academia de Historia de Cartagena; miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Cartagena; miembro correspondiente de la Sociedad Médico-Quirúrgica del Atlántico. El texto fue publicado por la editorial ABC en 1943.

“El Centro ha escuchado muy complacido la lectura que el H. colega doctor Vicente Caraballo O. ha escrito acerca del ilustre poeta Candelario Obeso y felicita al autor por su interesante y meritorio trabajo, el más completo y documentado que se ha hecho sobre el mismo tema, digno de la memoria del biografiado y merecedor de que nuestra corporación lo acoja y patrocine de una manera oficial, por considerarlo propio de su estudio y porque enaltece a una gloria de nuestra ciudad a la que no han rendido hasta ahora los honores correspondiente ni la historia de las letras nacionales, ni la general de nuestra patria chica”.

De usted atento servidor y colega,

RAFAEL THOMAS, Secretario perpetuo.

Lineas de introducción

Si la labor de reconstruir la vida de los grandes hombres que en una u otra forma han descollado por sobre la medianía circundante, es siempre una tarea ponderosa, no al alcance todo escritor, intentar una biografía de Candelario Obeso es empresa a todas luces escabrosa y difícil.

Nacido él en esta ciudad de Mompós, abandona los lares nativos apenas entrado en la mocedad. Va a Bogotá, y es allí, en el ambiente cosmopolita de la capital de la República, en donde los destellos de su genio prenden luces ofusadoras que dejan perplejo a los intelectuales que moran en la altiplanicie. Es allí en donde se desarrolla su vida accidentada de literato y de bohemio, en donde escribe sus poesías, publica sus obras didácticas, realiza sus trabajos lingüísticos, escribe dramas y novelas, hace traducciones poéticas y sublima su obra literaria con la joya invaluable de los *Cantos populares de mi tierra*. Así se explica que en la ciudad de su nacimiento se haya tenido escaso conocimiento de su gloria, y que tengamos por fuerza que acudir a lejanas fuentes de información sobre su vida y sobre su obra literaria.

Su amigo y par en el mundo de las letras, Juan de Dios Uribe (El Indio Uribe), publicó hace más de cincuenta años (1886) unas notas íntimas sobre el poeta que es lo más extenso que se ha escrito sobre Obeso, pero que no alcanzaría a llenar una plana de los diarios actuales. Y Antonio José Restrepo, hallándose en el Havre (Francia), escribe en 1884 su poesía “En la muerte de Candelario Obeso” que es, sin duda, el canto más emocionado, como salido del corazón que se haya escrito en homenaje al talento negro momposino.

Con frecuencia de notas de la capital y de otras ciudades han escrito artículos encomiásticos sobre nuestro coterráneo, y se da el caso, bien notorio por cierto, de que el nombre de Candelario Obeso sostiene en el mundo de las letras una actualidad que no desfallece, pues su obra no fue de las que el viento se lleva y sepulta el olvido. Ningún intelectual que se precie de serlo, ayer como hoy, ignora lo que representa Candelario Obeso en la literatura patria, y no se le regatean el elogio y el recuerdo.

Convencido, por mis incursiones en la literatura, de que el nombre de Candelario Obeso figura en las antologías, hombro con hombro con los más altos exponentes de las letras nacionales, y de que él constituye para esta tierra que le vio nacer timbre legítimo de orgullo. Y conociéndosele tan poco o casi nada en esta ciudad, hace largos años que vengo empeñado en la tarea de que seamos nosotros los momposinos quienes nos encarguemos de divulgar ante las nuevas generaciones la historia de un hombre que nos pertenece; y de que nos constituyamos en guardianes celosos de su gloria legítima, como que esa gloria ilumina con vivos resplandores el nombre de Mompox.

Al cumplir este que para mi considero un deber de patriotismo, aspiro a dejar cumplido un deber de la ciudad entera que esa en mora con la memoria de uno de sus más ilustres hijos, porque si hace algunos años se colocó en el Paraninfo del colegio Pinillos un retrato suyo, primer homenaje que se hizo al negro Obeso en la ciudad de su nacimiento, fue por iniciativa mía y contra la voluntad de la Corporación Municipal de entonces, que se negó a costear el retrato. No fue posible que aquel homenaje tuviera el sello de la ciudadanía, como era mi aspiración, y tuve que aceptar que llevara, como lleva, el sello personal de mi devoción por la memoria del poeta. V. C.

Partida de bautismo de Candelario Obeso

El infrascrito cura de la parroquia de Santa Cruz de Mompós, certifica:

Que en el libro 13 de bautismo de esta feligresía, en el folio 47 vuelto, se encuentra la siguiente partida que copiada a la letra dice así: “En la ciudad de Mompós, a veinticuatro de enero de mil ochocientos cuarenta y nueve, yo el Presbítero Juan Francisco Regis M. Guerra, cura Rtr. menos antiguo de esta Sta. Iga. Parroql., bauticé, puse oleo y crisma a Candelario que nació el doce del presente, hijo natural del Sr. Dr. Eugenio M. Obeso y Ma. De la Cruz Hernández: sus abuelos paternos Pedro Obeso y Mana. Barrera: Maternos Manuel Hernández y Juana E. Martínez; son sus padrinos los señores Dr. José d Jesús Alviar y Jacinta Obeso, a quienes advertí lo necesario y para que conste lo firmo.

—Por orden del Sr. Obpo. Bernabé A. Obeso. (Hay una rúbrica.)

En fe de lo cual se expide el presente en Mompós, a veinte de junio de mil novecientos cuarenta y dos.

MARIANO RODRÍGUEZ, PBRO.,
(Hay un sello.)

Infancia y viaje a Bogotá

El día 12 de enero de 1849, en una humilde casa situada en la Albarrada del Moral, en Mompós, vino a la vida Candelario Obeso.

El doctor Eugenio María Obeso, abogado de profesión, y María de la Cruz Hernández, hacendosa y sencilla mujer, fueron los padres de aquel niño que no nació bajo la protección de la veleidosa fortuna sino a la sombra de la humildad y la pobreza.

Me imagino aquel negrito, de cabellos ensortijados, prendido del pezón de su amorosa madre, en los primeros meses de vida; me lo represento, ya algo crecido, curtido por nuestro sol canicular, como todos los arrapiezos de su edad, en sus jugarretas callejeras, o en unión de sus traviosos compañeros, persiguiendo un ponche, seguido de sus perros; o en sus visitas dominicales a la isla del Kimbay, en cacería de un barbudo mono, del barraquete, el mico, “la arisca garza y el collongo grave”... y quiero pensar si sus padres, entonces, pudieron imaginar que cien años después aquel renuevo suyo, negro como el ébano, fuera una chispa de diamante, de inextinguible fulgor, para honra de su estirpe y de su tierra.

Cuando estuvo algo crecido el joven Obeso, sus padres lo hicieron ingresar al colegio Pinillos, y en este viejo Plantel aprendió a leer, a escribir a contar y a recitar la doctrina cristiana, a lo cual se reducía entonces la enseñanza primaria. Era a la sazón rector del colegio el doctor José Manuel Royo, insigne pedagogo cartagenero.

A causa del movimiento revolucionario conocido con el nombre de guerra de Nieto, el colegio hubo de cerrar sus puertas a la juventud educanda, y Candelario Obeso viose obligado a tronchar intempestivamente su instrucción para entregarse, como era natural, a los juegos ambulantes de la chiquillería y perder lastimosamente el tiempo entre holgazán y libertino.

Comprendió la madre de Candelario como perjudicaba a su hijo aquel género de vida, y resolvió confiarlo a un amigo, el viejo maestro don Pedro Salcedo

del Villar, de quien recibió Obeso las primeras lecciones de gramática, aritmética y geografía, así como también rudimentos de la lengua francesa, lo que seguramente hizo despertar en él el deseo vehemente de conocer a fondo las lenguas extrañas, para las cuales tuvo singular disposición, como lo demostró con el correr de los años. Al mismo tiempo cursaba la letra en la oficina que servía el señor Salcedo. Esto sucedía por el año de 1863. Tenía entonces Candelario catorce años de edad.

Estudios y odisea

Funcionaba entonces en Bogotá el Colegio Militar que fundó el general Mosquera, y Obeso pudo obtener una beca en él a poco de llegado a la capital. Clausurado dicho establecimiento con motivo de la conspiración de 23 de mayo de 1867, pasó entonces Obeso a los claustros de la Universidad Nacional. Acompañado siempre por su pobreza franciscana, veíase precisado, para cumplir sus deberes de estudiante, a copiar las lecciones de los libros de sus camaradas o a aprenderlas oyendo estudiar a los demás, pues carecía de libros propios y no tenía con que comprárselos.

Comía mal y vestía pobremente. Días hubo en que no pudo tomarse siquiera una taza de chocolate, y otros en que se vio obligado a usar el calzado sin medias. Tales calamidades, suficientes para doblegar la voluntad más recia, no le impedían estudiar apasionadamente a la literatura nacional y las lenguas extranjeras, y aun le quedaba tiempo para el cultivo de las ciencias políticas en los claustros universitarios.

Julio Añez, en una nota biográfica publicada en el *Papel Periódico Ilustrado*, refiere que un día Candelario no pudo estudiar la lección del curso de Legislación que dictaba el doctor Ezequiel Rojas, y resolvió no contestar una sola palabra a las preguntas que se le hiciera. Indignado el doctor Rojas por aquella mala crianza, le increpo así:

—Señor Obeso, ¿Qué cree usted que debe hacerse con una persona que es tan mal educada que no contesta a los que le hablan? —“Doctor, no he previsto el caso”, fue la respuesta lacónica que sin inmutarse profirió Candelario.

Dos o tres años después de vida bogotana regreso Obeso a Mompós acompañado de un señor Colmenares. Vino desprovisto de certificados de exámenes, y con tal motivo su padre lo amonestó fuertemente.

De Mompós siguió entonces a Sucre, llevado por el señor Prisco Surmay, y en aquella población obtuvo la plaza de maestro de escuela. Por cuestiones

amorosas tuvo algún altercado y resulto herido en el índice de la mano derecha. Entonces se volvió a Mompós, aconsejado por algunos amigos que querían evitarle consecuencias desagradables; pero alimentaba la esperanza de vengarse en la feria próxima, como [en] efecto lo intentó, para lo cual obtuvo prestadas dos pistolas de don Manuel Díaz el agresor de antaño le ofreció excusas cuando se encontraron, y así quedo terminado el incidente.

Sucedían estas cosas por agosto del año de 1869.

Después fue tesorero municipal en Magangue; pero habiendo llegado allí el señor Manuel Abelló, sumario, lo invito a ir a Santa Marta, y Candelario desapareció de Magangue, sin saberse cómo ni cuándo; mas se encontraron intactas, dentro de unas chinelas que dejó, las monedas de oro que había recaudado como tesorero.

En la ciudad de Bastidas escribió su primera obra, una gramática castellana, y allí también, por tenorio, estuvo treinta días preso, y para vengarse de sus enemigos dio a la publicidad una novela, *La familia Pygmalión*, que los interesados recogieron con solicitud, quedando en manos del público muy pocos ejemplares, a lo cual se debe que casi no se conozca esa obra [que] tuvo una circulación tan efímera.

También estuvo en esa época en Tenerife, El Carmen y otras poblaciones, y después de esta vida de nómada volvió a Bogotá con la mira de continuar sus estudios.

Los rasgos del hombre

Juan de Dios Uribe, quien conoció a Obeso en 1878 y fue uno de sus mejores amigos, lo describe físicamente de esta guisa:

[...] Alto y nervudo, con los hombros pronunciados, el cuerpo derecho, casi vertical sobre el pavimento, el rostro huesoso y enjuto, los labios gruesos, la nariz chata, sin ser aplastada, los ojos muy pequeños y pardos, un poco saltados, donde las arterias descubrían sus latidos, y adelante prominente, cónica, prolongada hacia arriba en forma de capsula sobre la cabeza, el cabello como un morrión, alto, *abundante*, en anillos apretados: una lujosa cabellera de mulato.

Mas así como la calidad del buen vino no desmejora porque esté contenida en tosco vaso, así el alma de selección del poeta, su talento, asombroso y su sa-

ber vastísimo, lejos de languidecer cobraban mas merito bajo el ropaje grosero de su presencia física.

Disponía Obeso de una fuerza material digna de un Hércules, poseía una musculatura bronceada, y lo caracterizaban una energía y un valor insólitos, atributos que hacían notable contraste con la dulzura y las maneras afectuosas con que trataba a las damas, su ternura, para con el amigo o el camarada, la discreta cortesanía de que hacía gala con todos, su inalterable buen humor que no lo turbaba de la cotidiana escases, y la sensibilidad de su alma frente a los corazones que lo invitaban al amor.

Alguna vez fue presentado Obeso a un norteamericano, y nuestro poeta le estrechó la mano tan fuertemente, sin duda con deliberación, que el hijo de Yanquilandia, quien seguro se enorgullecía de sus potentes músculos, extraño sobremanera encontrarse con un hombre más fuerte que él, y se interesó vivamente por conocer pormenores de Obeso.

Con motivo de un mitin fue Candelario un día a ocupar la tribuna en Bogotá, y al subir, algunos imbéciles gritaron: “Abajo el negro Obeso.” Descendió Obeso entonces, y el auditorio le abrió paso. “Que tenga el valor de acercarse —exclamó— la persona que se atrevió a insultarme”. Nadie contestó una sola palabra, y escalando de nuevo la tribuna, habló sin que se atrevieran a interrumpirle por segunda vez.

Obeso sentía especial admiración por el doctor Manuel Murillo Toro, y cierta vez en que trataban de apedrear a este patricio a la salida del Congreso, tuvo aquel al suerte de llegar en los precisos momentos en que se disponía el ataque, y enterado de los propósitos de la turbamulta, dio el brazo al doctor Murillo, diciéndole: “Salga doctor Murillo aquí tiene usted garantías”. Nadie se atrevió a tocar a Murillo, y Obeso dio prueba de ser un valiente.

Cuando en 1878 el esclarecido caudillo ocupaba el solio de Bolívar, los enemigos del mandatario le dirigían rudos ataques en una hoja periódica inspirada por Lino Ruiz. Enardecido Obeso por la persecución de la prensa de que era víctima Murillo, publicó una hoja volante que desafiaba formalmente a Ruiz y ofrecía darle con la suela de sus zapatos en el atrio de la Catedral. Aquel día Obeso se paseaba con botas altas, un fuste en la mano derecha, y en la izquierda un montón de aquellas hojas que repartía a los grupos de estudio que se paseaban por el atrio.

[...] Obeso idolatraba a este grande hombre —cuenta Juan de Dios Uribe— y le correspondía Murillo con un afecto paternal. Le prodigaba su apoyo munificente y, sin dejar de darle provechosos consejos para su vida y el

lustre de su carrera, reía y celebraba sus travesuras, aunque le costaran a su bolsa un poco caras. En cierta ocasión le sirvió de fiador en un banco por una cantidad que debía reembolsar pasados tres meses. Cuando se cumplió el plazo, el poeta, que jamás tuvo dinero a fechas precisas, se encontró sin un solo centavo. En este aprieto fue directamente al Banco: “Señor, dijo al gerente, sírvase hacer avisar al doctor Murillo que hoy se cumple el plazo de mi deuda y que mi firma está comprometida. [...] Murillo rió de la ocurrencia y mandó inmediatamente al Banco el capital y los intereses, el crédito de Candelario quedaba así incólume.

El amor imposible

La fortuna, que tiene nombre de mujer, extremó su inconstancia con el vate. Mas no fue esta, sin duda, la causa principal de sus amarguras. Algo más terrible mató su alma en plena floración. Se le interpuso el amor en su senda, como una fatalidad inexorable, bajo la forma de una hermosa bogotana de elevada alcurnia a quien amó con enloquecimiento; y el poeta, que había logrado que la gloria se rindiera sumisa a sus plantas, no estimó esa victoria como suficiente término a sus aspiraciones. Creía él, acaso –como Schelley– que “la gloria es amor disfrazado”, y quiso encontrar en el afecto de una distinguida mujer auténtica de la consagración de su nombre.

Va hacia ella, confiado y alegre, y la hija de Eva lo desilusiona y lo entristece. En sus arrebatos de amor escribía entonces aquellas prosas celebres que tienen dulcedumbres de alveolo y amarguras de bilis, que son mezcla de oración y de blasfemia, de humillación y altivez, y que daba a la publicidad en periódicos de sus amigos, en hojas volantes, y por último, en su publicación intitulada *Lecturas para ti*, cuyo fin era hacer llegar hasta la que era el objeto de sus amores las notas melodiosas y dolientes de su fecundo estro.

Cuando creía que sus propias ideas no eran parte a ablandar el corazón de la amada, buscaba en vergeles exóticos flores más fragantes para cebar la fugitiva mariposa, y ponía en armoniosos versos castellanos bellas y adecuadas estrofas de poetas franceses, ingleses o italianos.

Cegado por aquella pasión irresistible, nada le hacía variar de propósito. Tenía derecho a amar y amó intensamente a quien acaso le correspondió con el más crudo desdén. Dice Juan de Dios Uribe que Obeso aspiraba a hacerse amar de una señorita que seguramente no lo conocía siquiera, y el cronista Fray Lejón, en artículo publicado en *El Tiempo* (1940) da nombre de esta dama, “doña Barbarita Campuzano –dice–, casada después con don Santiago Castello”.

Hubo un espíritu fuerte que intentó disuadirle de aquella loca empresa. Fue Antonio José Restrepo, su camarada íntimo, quien arrancó a su lira de oro valientes estrofas que le hacía juiciosa convenciones. He aquí esos versos inmortales:

No mas cantos, no mas; si la hermosura
Por otro, no por ti, de amor suspira;
Si no hay para tu negra desventura
Una sola mirada de ternura
Que haga vibrar las cuerdas de tu lira;

Si las flores que arrancas a tu mente
Para guirnalda de su sien de diosa
Son holladas con planta indiferente;
Si no ha de refrescar tu mustia frente
El rocío de su alma candorosa;
S tu alma de poeta su ambrosia
Esparce en las arenas del desierto;
Si tu eterna y tenaz melancolía
No ha de trocarse nunca en alegría;
Si naufragio tu amor no hallara puerto,

Echa sobre tu cuerpo una mortaja;
Toma las vestiduras de un querube,
Que del revuelto mundo en la baraja,
Ella es la carne que al sepulcro baja,
Tu eres el genio que a los cielos sube!

Pero Candelario Obeso no escuchaba razones, y dio en respuesta a Restrepo este candente y conocido madrigal:

Dices que no me quiere, que la olvide.
Y bien ¿Sabes lo que me pides?
¿Sabes tú lo que es amor?
Si el mismo Dios me dice que la olvide,
Le digo a Dios que no;
Y si en castigo a mi blasfemia impía
Me la quita veloz,
Entonces me suicido, voy al cielo
Y se la quito a Dios!

Confidencia de Antonio José Restrepo

Si bien la intervención de Restrepo no curó a Obeso, de manera radical, de su empeno parece que al menos amortiguó un tanto su obsesión, pues el periódico *Lecturas para ti* desapareció poco después de aquella reprimenda lírica.

El insigne poeta bogotano Eduardo Castillo, en una de sus “Evocaciones y recuerdos de la vida literaria”, publicada en el suplemento literario de *El Espectador* (23 de junio de 1927), transcribe las confidencias que le hizo Antonio José Restrepo sobre este mismo asunto, en *la Botella de Oro*:

No sabe usted –me dijo de improviso– que esta es una de las cantinas más viejas de Bogotá, acaso es la más vieja de todas? Aquí, en las épocas en que yo era estudiante, venían a empinar el codo Conto, Rojas Garrido y otros prohombres del radicalismo. Y venían también literatos y poetas, entre ellos el negro Candelario Obeso.

Este nombre trae a mi memoria la triste historia del popular cantor y de su infortunada pasión, la cual le inspiró al señor Restrepo las quintillas que tanta fama gozan desde esa época, debido, sobre todo a la soberbia antítesis hughesca del apostrofe final:

Echa sobre tu cuerpo una mortaja
Toma las vestiduras de un querube
Que del revuelto mundo en la baraja
Ella es la carne que al sepulcro baja
Tu eres el genio que a los cielos sube.

“—Me parece estar viendo a Obeso, como si lo tuviera delante —Prosigue el señor Restrepo con esa peculiar manera de narrar desde el primer instante avasalla la intención y despierta la curiosidad—. Era un verdadero coloso, negro como Otelo”. Pero, como Otelo, ocultaba también bajo aquella apariencia ingrata un corazón de niño, apasionado y melancólico. Una de las damas de más elevada alcurnia de la sociedad bogotana le inspiró una de aquellas pasiones que deciden de la vida de un hombre. Pasión sin esperanza, porque la familia de aquella otra Desdémona no se habría avenido nunca a que ésta entregase su mano a un negro sin fortuna ni posición social. Obeso sabía esto. Y la certidumbre de que la mujer amada jamás podría ser suya, lo sumió en una tristeza torva y muda. Vivía borracho, para olvidar su pena. Y en esas cogorzas se tornaba agresivo y querellista. Una tarde riñó con varios oficiales del ejército. Y como era formidablemente esforzado, logró dominarlos a todos y despojarlos de sus sables. Minutos después, presentóse aquí, en la *Botella de Oro*, blandiendo a modo de bélico trofeo los aceros conquistados en la lid, y se los

dejó en prenda al dueño de la cantina por unas cuantas copas de licor. En otra ocasión penetró, ebrio, en la casa de la señora de sus pensamientos. Y como en aquel instante no había allí ningún hombre, una o dos damas salieron a recibirlo, enmedusadas del espanto. Pero el negro no cometió ningún desafuero. Permaneció cuatro o cinco minutos en el salón de recibo, después de lo cual se despidió cortésmente y salió de la casa...

El señor Restrepo saborea sibaríticamente, a pequeños sorbos, su aperitivo. Luego continúa:

—Como todos los bogotanos de aquella época, yo estaba informado de la infortunada pasión de Obeso a quien admiraba de veras. Y de la piedad que me inspiraba esa incurable pena de amor nacieron los endecasílabos que usted conoce. Cuando se los entregué en el atrio de la Catedral, el negro se los leyó con irrefrenable emoción y su rostro resplandeció de júbilo. Días después supe que los llevaba entre la cartera y los mostraba, orgullosamente, a todos los amigos y conocidos con quienes se topaba en la calle o en las cantinas que solía frecuentar...

Zenaida, un oasis

Cuando Obeso salió de los claustros universitarios, en 1867, se refugió en el amor de una muchacha del pueblo, de catorce abriles, llamada Zenaida, quien fue su amorosa compañera durante catorce años, hasta el último instante de su existencia.

Vivía Obeso en una casa de dos pisos en la carrera novena entre calles 6 y 7, “casa que aun existe y en la cual debía ser colocada una placa de mármol”, según se expresa Fray Lejón. En esa casa se estableció la razón social de Obeso & Zenaida, nombre con que fue distinguida por todos los bogotanos.

El nombre de esta sencilla mujer surge en la existencia de Obeso como un oasis venturoso y es símbolo de paz y de sosiego en la azarosa y complicada existencia del poeta.

Una singularísima aventura ocurrió a Obeso cuando comenzaba a hacerle el amor a Zenaida.

Quería hablar con ella una noche, y como le era imposible penetrar a su casa por el conducto regular, optó por escalar paredes y trepar tejados. En tales arriesgadas andanzas pasó sobre el tejado de la casa del doctor Rojas Garrido, que quedaba vecina a la casa de Zenaida. En aquel momento, a pesar de que se había quitado el calzado para no hacer ruido, fue advertido por los perros, cuya

algarabía no se hizo esperar. La servidumbre del doctor Rojas se levanta presa del sobresalto, e impulsada por una creencia muy natural, corre en persecución del presunto ladrón. Obeso había emprendido vertiginosa fuga, avergonzado de su falta; mas tuvo la mala suerte de que el revólver que llevaba se le cayera al patio de la casa del doctor Rojas Garrido.

Este insigne hombre público figuraba a la sazón como candidato a la Presidencia de la República, y a la mañana siguiente sus partidarios hicieron circular la noticia que se había atentado contra la vida del doctor Rojas. Los jueces iniciaron el correspondiente sumario, y la policía salió a rastrear al supuesto malhechor.

Obeso se encontraba en situación difícil, y vacilaba entre ser descubierto, lo que era casi seguro, pues su revólver estaba en manos de las autoridades, o decidirse a confesar su falta. Optó por encerrarse en su casa por algunos días, al cabo de los cuales salió dispuesto a desbaratar el sumario por meritos de su inteligencia. Había escrito una novela folletinesca sobre la aventura en cuestión, la llevó personalmente al doctor Rojas, y aquella singular entrevista bastó para cortar el hilo de una causa que se adelantaba sin fundamento alguno.

Al calor de aquel hogar y sentado sobre un viejo cajón que le servía de silla, escribía las obras didácticas que se le encargaban y que habían de producirle lo necesario para el pan cotidiano. Escribía siempre con la pluma de oro que le había obsequiado Juan de Dios Uribe, la cual conservaba como preciso talismán, única prenda de la que no se desprendió jamás.

Fue allí en donde nacieron los textos de Robertson para el aprendizaje del francés, el inglés y el italiano; una aritmética, gramáticas, la traducción de la táctica militar, etcétera.

La enorme facilidad que para los idiomas tenía Obeso la muestra de esto. Llegó una compañía de opera. Con las boletas se daba el libreto. Pero varios cachacos resolvieron tomar clases de italiano con el maestro Silvio Lombardi, para entender a conciencia las obras. Paso un día por allí Obeso, entró, se inscribió a las lecciones, y al mes ya en la imprenta de Zalamea Hermanos estaba el primer pliego de su Robertson italiano.

Soportaba Obeso con resignación los días difíciles, que eran los más; pero cuando obtenía algún ingreso pingüe, producto de sus labores de pluma, no se daba a sutiles reflexiones de economista calculador, ni se inquietaba por las necesidades del incierto mañana, sino que se apresuraba a regalarse un poco, aunque fuera por corto número de días. Había entonces en su mesa succulentos manjares y excelentes vinos; compraba prendas de vestir para él y para Zenaida y amoblaba su casa a todo lujo.

Cuando el dinero se agotaba y de nuevo sentaba sus reales la escasez, se desmantelaba la casa, por que los muebles pasaban a manos de los usureros.

El único mueble que no se vendió nunca fue la máquina *Domestic* en que cosía Zenaida. Ésta le ayudaba eficazmente con sus labores de costura, y Obeso mismo salió muchas veces, al comenzar la noche, a vender o a empeñar las prendas de vestir que salían de manos de la amorosa obrera...

Y en ese nido de amor, sencillo y puro, entre las alternativas de bonanzas fugaces y de escaseces prolongadas, Candelario Obeso tuvo la alegría de ver llegar a la vida varios renuevos de su propio ser, y la indecible tristeza de verlos morir muy tiernos todavía. Venían a su lado como presente de alguna bienhechora para consolar al poeta en sus desolaciones. El amoroso padre los acariciaba al instante, y luego se los arrebató la Parca con crueldad.

Tocó morir al último de sus hijos cuando una aguda crisis abatía al poeta. Como no tenía dinero para los gastos del entierro, ni siquiera para comprar el ataúd, tomó el cadáver de su pequeño hijo, lo envolvió en unos paños y se dirigió a la agencia mortuoria. No consiguió allí que le fieran el ataúd, y en su desesperación dejó el cadáver en la misma agencia, mientras iba a buscar el dinero a alguna parte. Cuando lo hubo conseguido volvió a buscar el cuerpecito yerto de su hijo, pagó el valor de la caja, colocó al niño en ella, y se fue a llevarlo, él solo a su última morada...

El elixir blanco

Trató siempre Obeso de ahogar sus sufrimientos en el alcohol, y apuró con deleite la copa maldita que ponía en sus manos la fatalidad. Exprimió en sus labios exhaustos la esponja impregnada de vino que le acercaba a la miseria humana, y fue incapaz de rechazar el filtro envenenado que le ofrecía el ambiente enfermizo en que le tocó actuar...

Con facultades para triunfar ruidosamente; dueño de un exquisito temperamento de artista, pero cercada la inquieta crisálida de su espíritu de selección por la muralla china de la hostilidad del medio, buscó en el alcohol, el “elixir blanco de los sueños negros”, como él lo llamaba, la manera de procurarse transportes momentáneos de euforia que neutralizasen un poco las amarguras de su vida.

Cuando en momentos de angustia suprema templaba su piel negra, exclamaba en rictus de blasfemia: “¡He aquí mi desgracia!” Mas no pensaba, acaso, que la gloria le tendía cariñosa sus brazos, señalándole un sitio de distinción en sus dominios, y olvidaba que si tenía amigos, muy amigos, que

eran sus admiradores fervorosos y se llamaban Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, Rojas Garrido, Robles, Murillo Toro, Cesar Conto, Felipe Pérez, Juancho Uribe, Antonio José Restrepo...

Extravío inexplicable de quien arrancó a su lira esta estrofa que vale por poema:

Negro nací. La noche aterradora
Transmitió su color sobre mi cara;
Pero al teñir desgraciado mi cuerpo
Dejo una luz sobre el cristal de mi alma

Quiso probar también el licor de mandrágoras y el cáliz que llevaba en su mano se rebosó con el letal bebedizo que vertió allí “el viejo enemigo del hombre” de que nos habla el portalira payanes.

Claro testimonio de que Candelario Obeso gozaba de singular estima entre los hombres de alcurnia mental, es la acción gallarda que fue objeto en cierta ocasión por parte del doctor Caro, quien al encontrar a Obeso en estado de embriaguez por las calles de Bogotá, no tuvo inconveniente en ofrecerle su brazo y conducirlo hasta su casa, diciéndole al dejarlo: “Candelario, ya sabes que no me gusta verte así; procura que no vuelva a encontrarte de este modo.” Y durante el camino ya le había hecho juiciosas reconvenciones y dádole afectuosos consejos.

Como el viejo Verlaine, Obeso era amigo empernado de la bohemia. Allá lo condujeron su espíritu incorregiblemente soñador, los desencantos crueles de la vida y las penas intensas que soportó su alma.

Empero, en medio de sus jolgorios y disipaciones daba forma precisa en inconfundible a su obra literaria, obra que necesariamente debía estar caracterizada por un realismo absoluto en la apreciación de la humanidad, como que conocía todas sus lacerias y sus debilidades todas. Y era que, como escribe Juancho Uribe, “La irritadora orgía no maleaba sus sentimientos, que eran incorruptibles, ni minaba su organismo de cíclope. El vino parecía ungir tan solo sus músculos de atleta”.

Poeta soldado

Obeso pertenecía al partido a que estaba afiliada toda una falange de pensadores que por entonces daba lustre a Colombia: militaba en las filas del liberalismo. Y aunque fue un convencido y amaba las doctrinas de su credo político, nunca hizo de ellas un medio indecoroso de vivir. Le repugnaba la política en concepto de profesión, y se colocaba a prudente distancia del turbulento oleaje de las

pasiones. Solía burlarse de sus camaradas cuando los veía entrar de lleno en las estériles y enconadas pugnas de partido.

Sin embargo de tal explicable repugnancia por esa clase de lides, no olvidaba ocupar su puesto en los campamentos, como valiente y convencido, cuando veía amenazada por las armas la causa política a que su corazón rendía culto sosegado.

Fue así como en 1876, cuando los conservadores hicieron la guerra al doctor Aquileo Parra, fue de los primeros en ingresar como soldado a combatir por sus ideas.

Cuando estalló el movimiento en referencia, el doctor Felipe Pérez tenía a cargo a su cartera ministerial de la guerra. Obeso se presentó al despacho del doctor Pérez a pedirle pasaportes y recursos para ir al campamento liberal de Garrapata.

El señor ministro lo recibió afablemente y dio órdenes de satisfacer los deseos de Obeso, asignándole salario como capitán.

Candelario recibió el dinero, más a la vuelta de una esquina encontró camaradas que le ayudaron a gastarlo en cantinas. Pero como deseaba efectivamente ir a pelear, presentóse de nuevo, dos días después al ministro y contó al doctor Pérez lo ocurrido. Este patricio, que era la benevolencia personificada, impartió nuevas órdenes para que se le diera a Obeso lo que necesitaba, pero le exigió que partiera inmediatamente para el campo de batalla, y el poeta empeñó su palabra de caballero, y se dispuso a partir.

Cuando salió del palacio había olvidado el compromiso formal que acababa de contraer, y la nueva suma corrió la misma suerte que la anterior.

Avergonzado presentóse una vez más al ministro, pues a todo trance quería cumplir con su deber. Al verle el doctor Pérez le dijo estas palabras:

—¿Quién es usted y que se le ofrece? —¿No me conoce, doctor? Soy Candelario Obeso, el que...

—No es posible, arguyó el doctor Pérez, cortándole la frase. ¡Es usted un impostor! Candelario Obeso es un hombre que empeñó su palabra, hace dos días de seguir en el campamento. Recibió los auxilios correspondientes, y a estas horas se apresta a combatir como un valiente en defensa de la legitimidad.

Obeso no pudo contestar una sola palabra, y se retiró anonado; pero inmediatamente se marchó sin recursos y a pie, a cumplir con la consigna que le dictaba su pecho de patriota.

En la campaña llegó a ser segundo jefe del Batallón Cazadores, y asistió a la batalla de Los Chancos, en el Cauca, librada el 30 de agosto de 1876. A los primeros disparos cayó muerto el primer jefe del batallón, y Candelario Obeso con el doctor Cesar Conto dio el triunfo de las armas liberales en aquella jornada memorable, en la que obtuvo el grado de teniente coronel.

Extraña despedida

Un día del año 1881, muy de mañana, fue a ver a Juan de Dios Uribe. Manifestóle que partía para el exterior aquel mismo día, y le invitó a apurar una copar por la despedida. Para el indio Uribe no pasó inadvertida la honda preocupación que, a su pesar, se dibujaba en el semblante de su amigo y le dijo: —¿Qué tienes, Candelario? —Estoy triste, ya se ve, es tan penoso dejar Bogotá, le respondió.

Estuvieron charlando largo rato, y cuando en el reloj de la Catedral sonaron las nueve, Obeso observó que era la hora de partir, y entregó a su amigo una cartera, diciéndole que la conservara en su nombre, pero que le hiciera la promesa de no abrirla hasta el día siguiente. Como Uribe le preguntase asombrado el motivo de aquella extraña exigencia, Obeso le dijo que se trataba de un secreto que sabría más tarde. Aquel hizo la promesa del caso, y los dos amigos se despidieron con un abrazo afectuoso.

[...] Yo tenía la cartera en la mano —escribe Juan de Dios Uribe— y no pude ver la tentación de abrirla. Dentro estaba escrita la despedida del que se va a morir, un testamento formal que hacía Candelario. Me puse en la calle y precipitadamente fui a buscarlo. Al llegar a la primera calle de Florián oí un disparo media cuadra de distancia. Fui allá.

El proyectil había desgarrado el techo de una casa y caía sobre la acera una nube de polvo que tapaba los objetos; cuando el viento desvaneció el polvo, vi a mi amigo de pie, con un rifle en la mano, el rostro ensangrentado y la parte del cabello ardido.

Llegué a tiempo para arrebatarle el arma que quería usar de nuevo por que no había acertado la primera vez. Lo llené de reproches, y el exclamó solamente: “Soy un estúpido, debí apuntarme a la cabeza y no al pecho. Otro día será...”

El consulado en Tours

En el año de 1881 fue nombrado Candelario Obeso para el Consulado de Tours por el gobierno presidido por el doctor Rafael Núñez, y el poeta se dispuso a partir para Europa; mas sólo alcanzó a llegar a Honda, pues los dos meses de sueldo que se le habían pagado se agotaron al llegar a esta ciudad a causa de las bacanales con que amenizara el viaje por el alto Magdalena.

De aquel lugar hubo de regresar a Bogotá sin un céntimo; pero, amigo predilecto de Núñez quien lo distinguía con acendrado cariño, fue rehabilitado en el puesto con que había sido investido, y recibió nuevos viáticos para marchar al Viejo Continente.

Al emprender su viaje definitivo para Francia no quiso dejar a Zenaida en Bogotá, y se hizo acompañar por ella hasta Mompós, adonde llegaron en una canoa que tomaron en El Banco.

Zenaida idolatraba a su poeta, le servía con ostensible placer, y cuando Obeso llamaba acudía solicita diciéndole: “Señor mío, que se le ofrece?”. Cobró especial afecto a la familia de Candelario y permaneció en Mompós hasta cuando su amigo regresó de Francia, yéndose entonces con él a Bogotá en marzo de 1883.

Cuando iba para Europa Obeso tomó pasaje de tercera clase en un vapor francés, y desembarcó en El Havre, con los bolsillos vacíos. Al saltar a tierra una ráfaga de brisa le arrebató el sombrero de viaje, quien le proporcionó para cubrirse, y otro amigo le obsequió un boleto de ferrocarril, y una mañana encontré en pleno Paros, como un proscrito.

Sin dinero y en un país extraño, sabe Dios cómo se las arregló el bohemio. Allí se encontró con un compatriota amigo que lo llevó por la noche al baile público de Bullier en donde alternó con las *cocottes* parisienses, haciéndose pasar por un mercader de diamantes del Brasil. Una de las muchachas se prendó del negro, o más bien de los supuestos diamantes, y pocos días después le solicitó un préstamo de cincentaluises. El señor Cónsul mando a decirla que se encontraba *en la lata*, y seguramente que la joven no se acordó más de él.

Se desconocen pormenores acerca de las actividades que llevara a término, relacionadas con el cargo que llevó en Francia, y parece que no permaneció un año completo al otro lado del mar, y que en aquel medio opulento estuvo siempre acompañado por la escasez de peculios, que en él siempre fue característica.

Retorno a la patria

A su regreso a la patria, Obeso enfermó gravemente con disentería, dolencia que minó en gran manera en su organismo, y como no lo abandonaba la pobreza que, como ángel fatídico, le hacía compañía permanente, hubo ocasión en que no disponía siquiera de unos míseros centavos para comprar una copa de leche, único alimento que toleraba su delicado estado de salud.

Fue en esa época desesperada y amarga cuando escribió su poema *La lucha de la vida*, que por fuerza tenía que ser el fiel reflejo de su situación angustiosa y el eco estridente de sus quejas acerbas...

Por la lectura de esas páginas, llenas de desesperanza, impregnadas de tedio y saturadas de dolor, se comprende que sobre la frente de aquel hombre se cernía un halito de muerte...

Abatido por el destino inexorable, marchitada en su pecho la flor de la esperanza, el cóndor ya no pensó si no en hallar reposo en el sepulcro. La obsesión de un desenlace sombrío se había adueñado de su alma, ávida de azul, al sentirse azotado por las hoscas tempestades que torturan a los hombres en cuyo cerebro hace su nido el misterioso pájaro de que nos habló Rubén Darío.

Ese propósito no admitía en él, vacilaciones, como se desprende de estos versos de su poema *La lucha de la vida*:

Vana es del hombre la ilusión. Sus obras
Son humo leve que disipa el viento.
¡Largo este viaje por demás ha sido!
Si en fácil curso ya mis breves días
No veré deslizarse, ni el trabajo
Sus atractivos por mi mal me ofrece,
Lo que empezó el placer. En el sepulcro
Termino fijo encontraran mis penas

Y más adelante se leen éstos que puso en boca de la muerte:
¡Desgraciado el mortal que en mi no busca
Reposo a sus fatigas!
¡En mi la calma y el silencio moran;
El infortunio en mi mansión termina!

El día fatal

Y llegó el día fatal. El 29 de junio de 1884, a la media noche, cuando reinaban la soledad y el silencio, descargó en sus entrañas una pistola Remington. La herida no fue inmediatamente mortal, y el desventurado poeta hubo de sufrir tres días de larga y dolorosa agonía, con admirable valentía y con la serenidad de un estoico.

Algunos amigos de Candelario, queriendo velar las terribles proporciones del sangriento drama, dijeron que aquello había sido un accidente casual, en momentos en que Obeso hacía tiros al blanco.

Al oír el poeta moribundo aquella versión exclamó desde su lecho de agonía: “Si, apunté al blanco, y le pegué al negro!”.

Con las siguientes palabras describe en conmovedor artículo el señor A. Quijano Torres aquella dolorosa escena:

[...] La sangre del poeta empurpurando el pavimento. El cadáver rígido y mustio, tendido entre la charca que coagulaba sus ondas rápidamente. En el semblante un color de ceniza y hoja seca. Los ojos tranquilamente cerrados como en un sueño. Despedazada la frente, de donde se escapaba, a manera inquieta culebrilla roja, una hebra sutil de múrice caliente.

Enloquecida, desgñada, palpitante, convulsa, descompuesta, sollozando sobre el cadáver, la amada del suicida.

[...] En el ambiente, medio alumbrado por los postreros resplandores del ocaso, crepitantes, como en un ambiente de incendio, las chispas del genio agotado y vencido; los perfumes de los pomos de la inspiración abiertos en la sobra, las estrofas inacabadas, los poemas truncos, alantes en la hora creciente de la noche, libélulas enfermas, en un jardín donde el silencio nocturno convierte en trágico el descoyuntamiento de las flores sobre las aguas del sueño.

La inmovilidad de la muerte, en áspero contraste con la dramática, con la conmovedora movilidad de aquella mujer que, atropellándolo todo, viene a verter sobre el cadáver del amado los raudales de su amor y de su llanto, y que, alzando los brazos al cielo, increpa a Dios el horror de aquel cerebro que, al desangrarse así, pone en fuga el manantial de quien sabe cuantas músicas divinas; y el crimen de aquel corazón que, al plegar las alas soterra el filón de todas las riquezas con que plugo a ese Dios llenar los socavones donde los mineros del ideal extraen los soles de la belleza, de la ternura, de la ilusión, del amor, de la verdad.

Eran las seis de la tarde del día 3 de julio cuando lanzó el parpadeo final y se apagó para siempre aquella tea del pensamiento colombiano. Cual junco endeble había caído aquel hombre fuerte. El ruiñeñor de las letras había enmudecido definitivamente. La corpulenta encina había caído, abatida por siniestro aquilón. El ánfora majestuosa se había quebrado en mil pedazos, y el milagroso vino se lo bebió la tierra.

El último gesto del poeta, del malogrado trovador, consistió en besar apasionadamente a la dulce compañera que tanto le amó...

El sepelio del bardo

Sus amigos y admiradores que, como hemos visto, eran los más destacados hombres de letras de Bogotá, corrieron presurosos a rodear el cadáver de su ilustre camarada.

La ceremonia del sepelio acaso no revistió la solemnidad fastuosa del entierro de un caudillo político o de un generalote de presillas desteñidas. Tuvo la sencillez ingenua con que se despide a quienes laboran en los desfiladeros del arte, sin ruidos, pero con pasión, desinterés y humildad. Empero, los amigos del eximio fallecido la hicieron imponente, conduciendo en hombros el cadáver hasta la última morada. Tierno y elocuente homenaje de admiración y cariño que tuvo la característica de la más noble apoteosis. “Fue el entierro uno de los más concurridos. Las flores más hermosas se deshojaron sobre la tumba. Y los más altos políticos y poetas hicieron el elogio del poeta negro”, dice un conocido escritor.

Las cámaras legislativas expresaron, a nombre de la patria, el justo duelo que experimentaba Colombia intelectual.

Y en el panteón de Bogotá, en una tumba vulgar. La tumba de un poeta suicida, quedaron depositados los despojos mortales de aquel amado de los dioses, y esa tumba está marcada con una cifra escuálida: 322.

Candelario Obeso vivió apenas treinta y cinco años, y si a esta edad tan temprana, cuando aún no había traspuesto los lindes de la madurez, pudo dejar un legado intelectual de tan elevado valor, cabe meditar en las proporciones que hubiera alcanzado su labor literaria si la fatalidad no lo arrebatara tan presto del mundo de los vivos.

La cuestión religiosa suscitada alrededor de la muerte de Candelario Obeso, ha sido tratada de la manera más contradictoria por los escritores que se han ocupado en la cuestión. Cordovez Moure, en sus *Reminiscencias*, al hablar de los últimos momentos del poeta, se expresa así: “Escuchó al ministro de Jesucristo, no le hizo resistencia, y murió en los generosos brazos de la cruz”. Juan de Dios Uribe dice lo siguiente: “Tres días de dolorosa agonía, soportados con un valor íncrito; nada de sacerdotes ni plegarias a la cabecera del lecho...” El señor Quijano Torres, en su artículo intitulado “Sin campanas”, tiene estas sugestivas palabras: “Para el Negro formidable, para el gran poeta, bajo cuyo cerebro –inmensa campana de cristal– florecieron todas las constelaciones y todas las armonías de la noche, *no hubo dobles anunciadores de la partida eterna...* Descendió al sepulcro, como los emperadores de Deltus, en medio de la negrura del crepúsculo muriente, y, en las manos, como un lirio, el último serventesio del último poema”.

Y el general Manuel González Rojas, a quien cita el escritor Fray Lejón, se duele aun de que el grupo de amigos de Obeso, Antonio José Restrepo, el Indio Uribe, Manuel Uribe Velásquez, no hubieran dejado entrar al cura de Santa Bárbara a auxiliar al moribundo, que lo había hecho llamar.

Tócame apenas señalar la disparidad de opiniones que hay entre los escritores citados; pero de la religiosidad de Obeso si hay una constancia escrita, precisamente por la pluma del Indio Uribe, cuando dice: “Él, que esperaba en Dios y en la inmortalidad del alma, tenía entre sus amigos predilectos, los más queridos quizás, a más de un ateo y a más de un materialista”.

¿No hubo suicido?

Pero sobre la muerte de Candelario Obeso hay ahora una nueva versión. “Candelario Obeso no se suicidó” se intitula en un escrito del cronista Fray Lejón publicado en *El Tiempo* (1940), en que se lee lo siguiente:

[...] El 29 de junio de 1884, Obeso, en su pulquérrima levita negra, alto cuello y sombrero de pelo, fue a cobrar a su librero don Rafael Chaves, que tenía su establecimiento en la calle 12 con la carrera octava, algunos “reales” a cuenta de aquel Robertson. Fuéronle enviados con un empleado a la casa, y don Rafael invitó a Obeso a “sampedrear” en casa de una “amable loca” que tenía en Las Cruces.

Fuéronse allá, y en alegre ágape estuvieron ambos, mi general Gonzalez, entonces empleado de Chaves, Venancio Gonzales Manrique, Rafael Polidoro Márquez, Anselmo Riaño y Miguel Rubiano, también *ad latere* del dueño de la casa, hasta las cinco de la tarde, hora avanzada en aquellos tiempos.

Mi general y Obeso dejaron a varios amigos en sus casas, bajaron por las riberas del caudaloso San Agustín y llegaron a la casa del poeta. En el piso alto tenía las habitaciones con otra “Manuelita Sáenz” que se llamaba Zenaida.

En el piso bajo, un amplio salón, escritorio del bardo, que se sentó, cansado, en una poltrona y quiso zafarse unas botas altas que bajo el pantalón usaba siempre. Cuando llovía, se metía las piernas del calzón en las botas y así podía transitar, sin apreciable detrimento, los caños y empedrados de entonces.

Zenaida, rabiosa porque no hubiera ido en todo el día, no acudió a ayudarlo en tan difícil operación. Y Obeso en sus esfuerzos sintió que en el bolsillo trasero le molestaba una pistola.

Dos de estas armas le habían enviado de los Estados Unidos a Chaves. Una le dio a Obeso, otra conservó él, y en cualquier día se le cayó, se disparo la bala y lo hirió en un pie. Pistolas de un solo tiro, de una cápsula de

cobre, de fuego circular, más peligrosas para el dueño que para el enemigo, sobre todo por el diminuto tamaño de la bala.

Airado Obeso, se sacó la pistola, la arrojó contra la pared, se inflamó la cápsula con el golpe y el balín vino a herirlo en el estomago y le llegó al riñón.

Tan sin importancia parecía la herida, que Candelario subió a sus habitaciones en tanto que mi general Gonzales llamaba a un médico. El primero en llegar fue el doctor Luis Fonnegra.

Extendida la noticia en la ciudad, a las siete de la noche la casa estaba llena de las más altas personalidades. Leónidas Flórez, director del *El Debate*, llevó al doctor Carlos Putnam, joven médico que estaba haciendo milagros quirúrgicos. Pero una peritonitis acabo con la vida de Obeso el 3 de julio.

Pero nadie, y menos un hombre como Obeso, va a quitarse la vida con un tiro en el vientre.

La tesis del suicidio de Obeso era de aceptación unánime, según lo han dejado consignado los escritores que tengo citados, de suerte que la versión que acabo de transcribir textualmente tiende a revestir el suceso de caracteres muy distintos a como se había venido aceptando. Lo curioso es que sea ahora, al término de 56 años, cuando se intente refutar las aseveraciones que se hicieron a raíz del fatal acontecimiento. Confundido me pregunto: ¿Por qué no se hizo entonces esa refutación? Se le habría quitado a la memoria de Candelario Obeso, con una oportunidad caritativa, la tacha de ser considerado como suicida. Empero, su tal es la verdad, y ella es capaz de borrar hoy la impresión que ha perdurado por tantos años, bienvenida sea esa verdad que redime al negro Obeso de un calificativo que nadie ambicionaría para su nombre.

La labor literaria

Para destacar mejor la personalidad de Candelario Obeso conviene analizar un poco su obra literaria, no con vanas pretensiones de crítico, sino simplemente a título de información complementaria.

En la composición de sus obras ponía Obeso todo el esmero de un artista y toda la paciencia de un benedictino. Como el escultor que se desvive por tallar a perfección el bloque de mármol, para infundirle vida y expresión, y a la manera del pintor que lucha por precisar la línea y por vigorizar los matices de su paleta, así Obeso sentía delectación especial en que las obras que salieran de su pluma fueran irreprochables, aunque para adoptar esa forma definitiva para sus escritos y para sus versos, tuviese que ensayar muchas e invertir tiempo considerable.

[...] Trabajaba con mucho escrúpulo –escribe Juan de Dios Uribe– con un pudor literario enteramente virginal. Su pensamiento era maduro, sus frases ensayaban tres o cuatro vestidos antes de tomar la forma definitiva. Destilaba su idea lentamente como una rica esencia y retocaba y pulía el lenguaje hasta quedar satisfecho él mismo. Por donde se viene a comprender que era, si fecundo, sobrio; más bien calmado que bullicioso; de pulso tranquilo; el reverso de los literatos abrumantes que escriben ochenta mil páginas y ponen la lengua y las ideas en bancarrota.

Su pensamiento, alado y vigoroso de suyo, adquiriría, pues, con los atavíos con que se complacía en exonerar, esa plasticidad y esa eurytmia que embellecen su producción literaria.

Decididamente toca los lindes de lo inverosímil el hecho evidente de aquel hombre, entregado a la disipación y al vicio, acosado sin piedad por la miseria, ya que el dinero no fue planta que pudo aclimatarse nunca en torno suyo, y sacudido su vivir por los rudos embates de la desilusión, pudiera producir gemas tan valiosas para la literatura y obras de tanto mérito y alcance, conquistándose una gloria que nunca harán perecedera ni los tiempos que pasan, ni el olvido de los hombres, porque la obra del malogrado citareda está grabada hondamente en la conciencia de la patria.

Con ser tan fecundo en su labor, y aunque sus concepciones se distinguen por el sello personal que todo escritor imprime a sus obras, no hay en la producción de Obeso ese parecido entre una página y otra, esa repetición huera que muchos llaman el estilo, y que sólo es –como ha dicho un crítico– la manifestación de impotencia para la creación de pensamientos nuevos y de imágenes originales.

Algunas de sus obras y no pocas de sus poesías sueltas han escapado a mi investigación, pues aquéllas son hoy curiosidades de biblioteca, y la labor poética quedó dispersa en hojas y folletos de ediciones limitadas y de circulación efímera. Sólo mediante requisas laboriosas se ha logrado dar con buena parte de sus composiciones en prosa y en verso.

Puesto que dominaba Obeso con inusitada maestría la lengua de Byron, la de Víctor Hugo y la de Dante, amén de la suya propia, escribió una gramática castellana y sendos textos para el aprendizaje del inglés, del francés y del italiano, sirviéndose del método de Robertson. Escribió también un texto de aritmética. Estas obras contaron con el apoyo oficial, fueron adoptadas por el gobierno como textos de enseñanza en los principales planteles, y merecieron el aplauso franco de los hombres de letras.

He hablado ya de *La familia Pygmalión*, novela que publicó en Santa Marta y que, por motivos también ya explicados, tuvo una circulación escasísima entre el público.

El hermano Luis Gonzaga, jesuita, en su nota biográfica sobre Obeso, que hace parte de una importante obra suya publicada hace algunos años, menciona otra novela de nuestro poeta, *Las cosas del mundo*, y un trabajo sobre orden público.

Secundino el zapatero se intitula un ensayo dramático, en tres actos y en verso, en que evoca Obeso a un personaje de su tierra nativa. Ese drama fue dedicado al doctor Rafael Núñez, como testimonio de reconocimiento por la no desmentida benevolencia que en toda ocasión le dispensó el autor de *Que sais-je?* Leí ese drama en la biblioteca Fernández Madrid de Cartagena.

Acometió la tarea de traducir la obra de *Nociones de táctica, de infantería, de caballería y artillería*, [escrita] por León Sagher, y este nuevo esfuerzo intelectual del poeta contó también con el fervor del gobierno, y le proporcionó un ingreso de mil pesos, con lo cual compró, según Uribe, “libros, muebles, flores, rancho, vinos, limones y botas para Zenaida, y un vestido nuevo que estrenó con pompa”.

Si Candelario Obeso no hubiera escrito más que los *Cantos populares de mi tierra*, con esa sola obra tendría asegurada su inmortalidad en el mundo de las letras. Bastaría ese fragante ramillete para su gloria de poeta, porque esos versos macizos por la contextura filosófica; tersos y delicados por sus imágenes tan bellas; musicales y tiernos por los motivos que los inspiraron; diáfanos por la impecabilidad de su factura, y originales en grado supremo en cuanto al lenguaje tomado al inculto campesino de la Costa, son una muestra fehaciente de lo que puede una imaginación fecunda y un talento que no pertenecieron a la vulgaridad.

Críticos de nota han considerado esos cantos como la obra maestra del airoso domador de rima y de la idea, y uno de ellos, “La canción der boga ausente”, tan popularizada, mereció los honores de figurar en el parnaso colombiano, como el mejor pregón y testimonio de la altísima cumbre a que llegó como mimado de las musas el negro momposino. Obeso, como el mismo lo insinúa en el proemio de la obra, aspiraba a que Colombia se hiciera literatura autóctona, para lo cual había de comenzarse por imitar el brote espontáneo del sudoroso montarás que compone coplas jocosas y les adapta música peculiar para endulzar las horas de fatiga, mientras derriba con el hacha el árbol centenario, o impulsa con la pesada palanca la piragua aborígen.

[...] En la poesía popular, escribe él, hay y hubo siempre, sin las ventajas filosóficas, una sobra copiosa de delicado sentimiento, y mucha inapreciable joya de imágenes bellísimas. Así tengo para mí que es sólo cultivando

con el esmero requerido como alcanzan las naciones a fundar la verdadera positiva literatura, tal lo comprueba el conocimiento de la historia.

Ojalá, pues, que de hoy más, trabajen sobre este propósito, en la medida y el modo conducentes a un pueblo civilizado, los jóvenes amantes del progreso del país, y de esta suerte pronto se calmará el furor de imitación, tan triste, que tanto ha retrasado el ensanche de las letras hispanoamericanas.

La obra en referencia, editada en la Imprenta de Borda, en 1877, consta de dieciséis poesías. Dedícala el autor, entre otros personajes de jerarquía en la literatura patria, a J. M. Rojas Garrido, César Conto, Luis A. Robles, Aníbal Galindo, José María Samper, Felipe Pérez, Miguel Antonio Caro, Rufino Cuervo, Quijano Otero, Pedro Salcedo del Villar, etcétera, y hace la promesa de publicar más tarde, “si los resultados corresponden a sus esperanzas, una colección completa y muy variada de este mismo género, con variantes en la forma y la idea”, y tomando por norma la expresión vulgar y las costumbres de los habitantes de Panamá y el Magdalena.

Desgraciadamente para nuestras letras, el poeta no pudo cumplir su ofrecimiento, y aunque vivió cinco años más, sin duda sus amarguras le impidieron realizar aquel anhelo, y con su muerte se perdieron quien sabe cuántas bellezas en su germen.

En una advertencia que precede a las poesías en cuestión, explica Obeso el valor de ciertas voces, el modo como deben pronunciarse determinadas expresiones y el alcance de algunos defectos de concordancia, necesarios para la mejor comprensión del texto, explicaciones que son imprescindibles para quienes no estén familiarizados con el lenguaje y las costumbres de los pueblos costeños.

“Lo palomos” es una tierna elegía al amor de las tórtolas y a los solícitos cuidados paternales que ellas prodigan a sus hijos, como se puede ver por este fragmento:

Allí lo ve amorosos la mañana,
Tamién allí la noche loj’encuentra
Ambos a ros calientan su güevitos,
Ambos, en siendo sére, lo alimentan.

En “La oberiencia filiá” describe una escena de la vida campestre, en que una madre celosa aconseja a su hija (quien tiene prometido su corazón a un labriego), y el poeta exhibe la ineficacia de los consejos, cuando Cupido ha hecho perder la cabeza a las mujeres:

En ninguna ocasión consejo e viejas
Má que eta han servío...

Cuando pica er amó lo pecho joven
Se acaba la oberiencia re lo s'hijo...!

Pinta en el “Cuento a mi esposa” a un mozo del pueblo que dirige requiebros a una viuda desolada. Ésta rechaza bruscamente sus pretensiones, mas acaba por acceder, a poco andar, a los deseos del mancebo. Y concluye con esta reflexión de una sutil y honda filosofía:

Si ponemo en agua Un granito e sá
Pronto se risueve Con facilitá...!
Nunca en la mujeres Fue efertivo ná;
Toro en ella ej humo, Toro farserá...!

No puedo resistir a la tentación de copiar, en su totalidad, la bellísima poesía “Lucha i conquijta”, en la que van de bracero el dominio en la versificación con la nobleza del tema; y se aduna espléndidamente la sutileza de la expresión con el fuego de las imágenes, para exaltar la pasión inocente de un mancebo campesino, moreno él, que sólo exige de la branca de que se ha prendado la limosna de un beso:

LUCHA I CONQUIJTA

(A S.G.L.)

¡Oh! branca, branca hecmosa,
Pocqué me trata asina?
No sabe que la ejgracia
Re compasion é rigna?...
En barde te remuejtra
A mi cariño artiva;
En pecho como er tuyo
No cabe la pecfiria!...

.....

¿Pocqué me ve la cuti
Re la coló e la tinta
Acaso cré que e negra
Tamién er arma mia?...
En eso te equivoca;
La piedra maj bonita,
En er cacbon, a vece,
Se jallan ejcondías!...
Ecúchame: si llegas
A consolá mi cuitas;
Será j'a mi pesare
La mié que necesitan,

En cambio re tu aferto,
Te juro poc mi vira
Que con mi pocte nunca
Te causaré una heria...
Seca mi llanto... (Un beso
Le bajta a mi rejricha);
Un beso re tu labio
Re rosa i clavellina;
Con er aquí en mi pecho
Floreceará maj linda
La mata re mi suecte,
Ya seca re aflijá...!

.....

¡Oh! Branca,... tú lo sabe...
(Acécate tranquila);
Ar nacdo güeleroso
¿Qué fló le revaliza...
(Acéccate i no tema...),
Si engüerto en ér se mira
Un lazo bien lutroso
Re mi coló... epresiva?...
Tú te parece ar nacdo;
Mi brazos son re endrina;
Réjalos que a tu talle
Se enrollen como cinta...

.....

¡Oh! Gracia... gracia.... agora
Quérate siempre asina,
I nunca re tu labio
Se vaya esa sonrisa!

Y no he mencionado hasta ahora “La canción der boga ausente”, que es la poesía que más circulación ha tenido, por haber sido recogida como una joya literaria en antologías, en tarjetas postales ilustradas y en la prensa periódica. Hace algunos años, don José de Jesús Ricaurte, compositor musical de grata memoria, arregló un trozo musical para esa canción que fue interpretada maravillosamente por varias señoritas, en una velada literaria.

De ella dice don Gustavo Otero Muñoz lo siguiente:

[...] Indudablemente que un Baudelaire, un Byron, un Espronceda o un Heine, obtienen combinaciones de frases muy nuevas, rimas muy raras, sensaciones muy sutiles al expresar aquellos sentimientos; pero acaso no

se llegue a encontrar una tan imprevista fuerza de dicción y un lirismo tan penetrante como en estas estrofas, puestas en boca de un negro del Magdalena:

Qué ejcura que etá la noche;
La noche que ejcura etá;
Asina ejcura e la ausencia...
Bogá, bogá!

Las otras poesías que complementan el volumen llevan estos títulos: “Canción der montará”, “Er boga chaclatán”, “Epropiación re uno corigos”, “Epre-sión re mi amitá”, “Serenata”, “Arió”, “A mi morena”, “Canción der pejaró”, “Parabola”, “No rigo er nombre”, “Diálogo picarejco”.

En el mismo volumen figura una paráfrasis en prosa castiza de la composición “Epropiación re uno corigos”, hecha por la misma deliciosa péñola del poeta. Prosa delicadísima es ésta en la que no se sabe qué admirar más, si la fluidez y dulzura del lenguaje, si la majestad arrobadora de las imágenes, si el admirable dominio de la forma o el motivo elevado que se la inspiró al autor.

¿El tema? El portero de la cámara confía a un pobre hombre unos códigos para que los lleve a un representante que los necesita. El portador de los códigos echa mano de ellos para tapar con sus hojas algunas rendijas de su miserable choza, y luego va a sincerarse ante el representante con argumentos como éstos:

[...] El bejhucu en la selva tiene al árbol en que se envuelve, este árbol tiene el globo de la tierra, y el globo de la tierra en alguna cosa se sostiene... Yo por mi lado tengo el cariño de usted. En la protección suya de que me honro, hallaron siempre pronto consuelo mis penas y pronto alivio mis sufrimientos...

Yo no comprendo por qué hay cosas tan contrarias de suyo en la naturaleza, por qué es tan letal la mordedura de la víbora, tan ponzoñoso el aguijón de la industriosa abeja; por qué la ortiga da picazón en pringando, y el marrano asqueroso no alza al cielo jamás sus encapotados ojos...!

Detrás de Gabriel, uno de los personajes del poeta dramático *La lucha de la vida*, se descubre al mismo poeta en quien ya es franca la determinación de abandonar la vida. Se ha visto ya en qué condiciones, en extremo difíciles, compuso Candelario Obeso ese poema.

Obra de pesimismo la llamó Juan de Dios Uribe, de quien son estos conceptos, dolorosamente exactos, que —una vez leída la obra— no puedo menos que hacer propios:

[...] Como poema dramático, carece de combinación, porque no podía desarrollar con novedad y desembarazo un argumento complicado. Presentaba a la escena muchos personajes, con los cuales no sabía después qué hacer, y los eclipsaba a destiempo. *Lucha de la vida* es un golpe de vista sobre la sociedad y la historia de los dolores del poeta.

El poema fue editado en 1882 por la Imprenta de Silvestre & Cía., consta de 152 páginas y le sirve de lema esta sentencia latina: *Dominus autem benedixit novissinus Job magis quam principio ejus*, del Libro de Job. Cap. XLII-VOL. 12.

El autor lo dedica “a Pedro Vicente, Andrés y Arturo Londoño, en prueba de gratitud y cariño”, y precede al poema una “invocación” a Dios, a la que pertenecen las siguientes estrofas:

¡Oh Dios de clemencia! Ilumina mi mente un instante.
Del vasto universo eres vida, eres gloria, eres sol;
A cada planeta de su sér invisible desciende
Un rayo impalpable –la bondad, la grandeza, el amor.

Eterno ese rayo es el foco de luz misteriosa,
La fuente fecunda de que siempre la dicha emanó.
¡Felice el que marcha alumbrado por él en el mundo!
Del mal no le azota el terrible, abrazante turbión.

Hay en esta obra, a pesar de los defectos de que adolece, hermosos versos de inspiración fogosa y de un excelso lirismo, como aquellos en que describe el cocuyo:

¿Conoces el cocuyo?
Es un sér todo luz animada,
Diversión y alegría
De las gentiles ninfas de mi patria.
Ardientes aprisionan
En gasa ó seda la insensible llama,
Y hacen, uniendo muchas,
Viviente una diadema de esmeraldas;
O un ceñidor de fuego,
Con que sus talles de palmera enlazan;
O ya un collar ardiente,
Precioso adorno á la gentil garganta.
Cual de ellas la coloca
En el turgente seno enamorada.
Tal como si quisiera
Cebat el fuego en que su sér se abrasa.
Al baile sonrientes

Luégo así se dirigen adornadas,
Y sin fin, como locas,
Sin recordar la luz, danzan y danzan!
La pobre, silenciosa,
Su mágico esplendor al fin se apaga...
Nadie llora por ella;
Ni un suspiro siquiera su muerte arranca!

.....
Mi corazón de fuego,
Luciérnaga á tu sér esclavizada,
También morirá un día,
Pero arrancando de tus ojos lágrimas.

Obeso tuvo por el género de poesía descriptiva especial dilección, y siempre gustó de impregnar su obra con la esencia sutil de los recuerdos de sus días de puericia, vividos en parajes que le fueron tan familiares, como lo demuestran estos versos que tienen el grato sabor que les comunica la remembranza de la tierra nativa:

Con mis robustos compañeros siempre
Ora pescaba alegre ó quier del río
Las turbias hondas con mi barca hendiendo,
De mis perros seguido,
En confusa algazara tras un ponche
Me lanzaba contento. Los domingos
Iba á *Kimbay*. Allí el barbudo mono,
El barraquete, el mico,
La arisca garza y el *collongo* grave
Eran blanco seguro de mis tiros.
Cuánta felicidad! Hoy mi existencia
Son angustias; tranquilo
Nunca estoy un instante. ¡Oh dulces horas
De mi niñez! ¡Oh majestuoso río!
También en ti la suerte despiadada
Hondos estragos hizo!
Tal como en ti, sobre mi noble patria,
Sobre mi pobre hogar, ya oscurecido,
Se cebó el infortunio. Estás desierto,
Nosotros abatidos.
El caudal de tus aguas, ya copioso,
Tan ancho, tan profundo, empobrecido
Entre abrojos se arrastra. Sólo penas
Marcen nuestro camino!

Obeso publicó además, en la mejor prensa nacional, gran número de poesías que alcanzarían, sin duda, a formar un volumen precioso, pues fueron escritas cuando el tedio y los desengaños aun no habían herido su alma ni debilitado su potencialidad creadora, ni hecho flaquear su fuerte inspiración.

“Sotto voce” es una de esas admirables creaciones, y está considerada por muchos como una de sus mejores poesías. Allí describe el poeta su viaje a Bogotá en busca de la gloria, cargado de ilusiones, y narra los amargos sinsabores que le reservó el destino. De ese poema son estos fragmentos:

Lo recuerdo muy bien. Mi noble padre
Y mi amorosa madre
Sólo su santa bendición me dieron
Entre llanto y congojas... De aquel día
Mi infantil alegría
En tristeza los hados convirtieron.
El turbio Magdalena y majestuoso
Al impulso impetuoso
De rápido vapor subí afligido,
Viva la imagen del hogar ausente.
¡Ay! cuán indiferente
Lo he subido después y lo he bajado!

Lo mismo acontecióme cuando ufano,
Mi bordón en la mano,
Veloz la planta á Bogotá moviendo,
Crucé descalzo el desigual camino
Que me trazó el destino.
Y ya por siempre repasar pretendo.
Llegado aquí, por nadie conocido,
Y de harapos vestido,
Larga pena sufrí, pobre estudiante,
Pero esa vida miserable y dura,
De mi actual desventura,
No vale ¡oh! jamás! un breve instante.
Si como el humo que disipa el viento
Se extinguió en un momento
Mi risueña esperanza, de la vida
Ya percibo la meta: en este valle
No hay esperar que halle
La apreciable bondad noble acogida.
Si hubiera sido de la infamia agente,
Y esa ambición furente

Que del oro hace un Dios, yo alimentara;
Si el ajeno dolor no me doliera,
Y vil cual otros fuera,
Sé que del mundo y de tu amor triunfara.

Otra poesía de reputación es la que lleva por título “El genio” dedicada a Diógenes Arrieta.

Empero, no se limitó Candelario Obeso a poner en lengua castellana los frutos de su inspiración afortunada, sino que enriqueció además nuestra literatura con magistrales versiones de poesías de Longfellow, Víctor Hugo, Alfredo de Musset, Sully Prudhomme, Tennyson, etcétera, y con una traducción que se considera famosa del renombrado *Otelo* de Shakespeare.

Y si en el campo de la estrofa terminó con tanto acierto, escribiendo versos que siempre serán bellos, no fue Obeso menos afortunado en sus composiciones en prosa, caracterizada por periodos cálidos, musicales vaporosos y solemnes.

Hay en sus escritos algo del lánguido descoyuntamiento de los lirios y del gemido doliente de las tórtolas, no poco del áspero rugido de los leones heridos, y mucho del suave trinar de los armoniosos ruiseñores...

Lecturas para ti fue la obra en que rayó a cumbres inaccesibles el escritor en prosa. En esas páginas bellísimas, inspiradas por el amor, puso el poeta todo el fuego de su corazón y toda la sensibilidad de su alma. Y, en el verso hizo también literatura propia emancipada en absoluto del clasismo enervante de los periodos interminables. Su propia es ágil, nerviosa, subyugadora, incomparable.

El mérito principal de un escritor consiste en lograr emocionar al que es su lector, y tal poder tienen, a mi juicio, trozos literarios literarios como los siguientes:

[...] dudé de cuanto existe. Te oculté mi cariño avergonzado. Me despedacé el alma y abatí la frente en ocasiones a las fuerzas sociales. Juzgué grande al pequeño y maldije mi suerte. Vi la dicha y la pompa en el orgullo vano. Después fue ya otra cosa. Refrené el pensamiento y miré al cielo. Hay una ley terrible. Es grande el que lo puede. ¿Quién te enseñó a ser noble? ¿Sin dolores no hay gloria? Soy pobre y nada temo. No tengo envidia a nadie. Porque mi fe es profunda. El alma no se engaña y lo que ostento es mío. Vine con ello al mundo. Lo abríllanté el trabajo y lo evaluó a mis ojos el martirio con su potente mano...

[...] Aquí estoy frente a frente de mí mismo, esperando y solo con mi alma. Mi hogar está desierto: no hay labios que me rían ni ojos que me consuelen. ¡Qué soledad tan honda! Hace ya doce años que abandoné a mis padres y no pruebo la miel de una caricia. Mi esperanza de ayer va declinando. ¡Bendito sea el destino! El agradable peso de la esposa, universo infinible de grandezas es a veces terrible. El mundo es mundo siempre y hay que seguir sus huellas. La hiel de la desgracia nunca fue tan amarga para aquel que la liba, sino cuando la prueba algún labio querido... las fatigas se hicieron para el hombre: la lucha es su elemento cuando confía y espera...

[...] honda es la soledad que me rodea. No hay labios que me rían. El calor de los besos maternos se disipó al transcurso de los años...! cuanto es triste la vida si afectos! Un hogar sin esposa es estéril, desierto y tenebroso. El amor de la esposa es como el sol del alma. A la luz de sus ojos todo es bello. Es riego fecundante su sonrisa. Una gota de almíbar de su boca endulza un mar de penas...

[...] la voz de la mujer tierna y sencilla es el *Fiat lux* del hombre que la adora, y ello en todo caso mucho más si el alienta la esperanza. Supiera la mujer su inmenso precio, no habría tanto infortunio. Una mujer sin alma apegada a las pompas mundanales, es como un aire impuro que todo lo infecta. Hay esposas que lloran en un hogar desierto y miserable porque hay mujeres viles.

[...] El cáliz de tu alma no se abrirá a otro aliento sino al mío. El néctar que ella acendra no lo extraerá otro labio. No hay nadie que lo impida a estas alturas, ni fórmula posible que lo evite. Donde quieras que vallas llevarás mi recuerdo, y los tristes alientos que ahora lanzo, y que el viento recoge resonarán más tarde en tus oídos. Te arrancarán un férvido suspiro y con ojos llorosos releerás estas páginas. Un día me lo dirás en ultratumba, para donde te emplazo, si a mi pronto regreso no te hallare o ya hubieres depuesto tu corona. Allí no va la envidia. Allí tiene su precio toda pasión sublime. Toda deuda de amor allá se paga; la triste ingratitud allá se llora, allá donde vio el Dante a su Beatriz querida...

Estos dulces poemas de amor fueron recogidos, junto con las traducciones poéticas y las poesías escritas con el mismo fin, en un tomo de la Biblioteca Popular, dirigida por Don Jorge Roa, que se publicó en marzo de 1897.

El 21 de noviembre de 1882 pronunció Candelario Obeso un discurso en el cementerio de Bogotá, ante el cadáver de su amigo, don Hernando Arboleda, y para ofrecer una nueva muestra de su exquisito decir en habla castellana y de la elevación de su pensamiento, quiero copiar estos apartes de aquella oración.

[...] ¡Dios de misericordia! Yo sé que el sufrimiento es la suprema herencia de los seres que eliges de instrumento de bien en este mundo; pero me duele mucho el infortunio ajeno. Derrama sobre mí más amarguras y desprécíame

el día en que vierta una lágrima devorando mis penas: pero dame esta gracia: anhelo ver dichosos a los seres que quiero y por esto te exijo humildemente que de hoy más nunca viertas ni una gota de acíbar en el alma tan noble de la madre de Hernando...

¡Querido amigo mío, contribuye a mis suplicas!; antes de que me aleje de esta tierra, para mí tan querida, vendré a regar tu tumba con algunas violetas de las que yo cultivo...!

Estoy plenamente convencido de que la obra completa de Candelario Obeso, si me fuera conocida en todas sus variedades y matices, daría margen para escribir aun muchas páginas. Desgraciadamente gran parte de sus producciones pueden considerarse perdidas. Se citan, por ejemplo, diversos folletos político-literarios publicados por él en la década de 1870 a 1880; se sabe que combatió duramente el gobierno del doctor Santiago Pérez en *La Ilustración*, semanario que diría don Manuel María Madieto, y pequeños folletos que publicó en 1874 bajo el título de “Miscelánea”, en los que tronaba contra el “sapismo” oficial, según datos de don Gustavo Otero Muños, y colaboró en muchos periódicos literarios de su época, todo lo cual supone una nutrida producción de pluma cuyo conocimiento hubiera sido de valor imponderable en la realización de este modesto trabajo, con el cual me he propuesto rescatar del olvido y de la indiferencia el nombre del gran literato momposino.

Conceptos autorizados de algunos hombres de letra

En su obra *El cancionero antioqueño*, Antonio José Restrepo publica el discurso que leyó en la sesión de gala de la Academia Colombiana de la Lengua el 20 de julio de 1911, en el Teatro Colón, de Bogotá. A ese discurso magistral pertenecen los siguientes fragmentos:

[...] Esta pequeña rectificación me trae a la memoria al bravo poeta negro, mi grande amigo, el momposino Candelario Obeso, aquel hercúleo Otelo que todos conocimos y admiramos aquí, cuya dulcísima risa resuena aun en mis oídos quizá más suavemente que sus ternísimas estrofas...

El negro Obeso, como lo llamábamos cariñosamente sus amigos, tocó por derecho a las puertas de la fama, no tanto con su enigmático poema *La lucha por la vida* y sus soberbias traducciones de Shakespeare, cuanto con aquel librito suyo, hoy inhallable, en que recogió para la posteridad los *Cantos populares de mi tierra*, que son el embeleso de los letrados y la imagen fiel de lo que la raza negra ha sabido componer en castellano, acá entre nosotros, estropeándolo apenas en sus contornos, como lo estropean los andaluces en áureas tierras del Genil y el Guadalmedina. Oíd la canción típica de “El boga ausente” y decidme si eso no os penetra con dulzura etérea al corazón.

Gustavo Otero Muñoz se expresa así:

[...] Leyendo a Candelario Obeso se piensa con regocijo que aun hay mucho terreno por explorar y excavar en el campo del sentimiento; que no todo está comido ni bebido, como pensaba Verlaine; que todavía se puede ser lírico sin conocer a René Ghil y a Juan Cocteau. Porque en el caso del negro genial de Mompos, tenemos a un poeta verdaderamente inspirado, tomando esta palabra como expresión del soplo divino que le anima, y si se quiere, hasta la llama celeste que desciende sobre él como ígneas lenguas de Pentecostés, que dijera Longfellow.

El maestro Luis López de Mesa se refiere con estas palabras a varios escritores de momento:

[...] Sería indiscreto pretender continuar esta enumeración atolondrada, aunque queden aún tantos nombres en la memoria, muchos de ellos rivales felices de los que he nombrado: Diego Fallón, Antonio Gómez Restrepo, José Joaquín Casas, Julio Flórez, Candelario Obeso, Eduardo Castillo, Delio Sereavile, Federico Martínez Rivas, Leopoldo de la Rosa, Antonio Llanos, v.gr., y aún buena copia de los que, sin ser poetas, un Rafael Núñez, un Carlos Arturo Torres, un Antonio José Restrepo, un José María Rivas Groot, trabajaron el verso con temas filosóficos muy interesantes, y alcanzaron en su hora magnífica popularidad.

El poeta Jorge Artel le dedica estas líneas:

[...] Aquí en este puerto que no es como todos los puertos, porque no hay bogas sincronizados de gritos y canciones, y porque las gentes son serenas como el río, aquí nació un poeta negro que fue blanco como un ángel y niño como todos los poetas. Tenía el alma pura y ligera como una canción de pájaros, bajo el alba dorada. Fue quien primero cantó la emoción negra en Colombia. Mentalidad erudita, sensibilidad poética de inapreciables quilates, hubiera podido elaborarse una personalidad dentro de las escuelas literarias de su época, unidas por el cordón umbilical de la cultura al espíritu europeo.

Recogemos también las palabras de Donaldo Bossa Herazo:

[...] Baste citar entre los hijos de Mompós al gran poeta negro Candelario Obeso, cantor de su raza, schollar y poligloto, quien junto con el Indio Uribe, Antonio José Restrepo y Diógenes Arrieta dio color a uno de los ciclos más cautivantes de las letras colombianas.

Juan Lozano, en el prólogo de *Tambores en la noche*, de Jorge Artel, alude a la poesía de Obeso:

[...] Este libro de Jorge Artel, poeta de la raza morena, trae un nuevo matiz y una nueva emoción a la moderna poesía colombiana. Antes que el otro hombre inspirado, Candelario Obeso, nos había transmitido la intensa poesía que se oculta en los repliegues del corazón del pueblo, particularmente del pueblo negro de la Costa, que es vagabundo, soñador y nostálgico. Su “Canción del boga ausente” es uno de los trozos líricos más famosos de nuestra literatura;...

Anécdotas

Julio Vives Guerra (José Velásquez García en su nombre de pila) publica a su “Anecdotario”, de *El Tiempo* lo siguiente, relacionado con Candelario Obeso:

[...] un altísimo intelectual, que fue condiscípulo y admirador de Obeso, contábame que el negro poeta era exaltadísimo y que su exaltación lo llevó al extremo de ultrajar en la calle Real al doctor Francisco J. Zaldúa, un anciano de más de setenta años, respetable y venerable por mil motivos.

[...] el caballero que me habló del ultraje al doctor Zaldúa me relataba que alguna vez vio en el atrio de la Catedral a Candelario Obeso que era corpulento y esforzado en la misma posición de Nabucodonosor después de la maldición y antes del perdón; es decir, en cuatro patas, para hablar en romance. Un amigo y compinche de jaranas estaba a horcajadas sobre el robusto dorso del bardo, y otro su compinche y amigo lo tiraba de la corbata, como de un ronzal, mientras los tres entonaban unas coplas que no eran precisamente saetas de Semana Santa.

[...] en estos momentos acertó a pasar por ahí un elegante exagerado, que entonces no se llamaban “filipichines” ni “glaxos”, como hogaño, sino petimetres, *currutacos* y *lechuguinos*, y viendo aquella escena, dijo, de modo que lo oyeran, aludiendo al poeta que servía de improvisado palafrén:

“Es un macho negro!

“no se lo dijo a sordo, porque Candelario Obeso, sin incorporarse le gritó:

“¿soy un macho negro?

¡Pues de ello me alegro! Soy negro y soy macho,

Como dice usted.

Y prefiero ser un macho negro

A ser un burro blanco

Como su merced”.

El cronista Fray Lejón cuenta de la siguiente manera una anécdota muy conocida, del poeta momposino:

[...] En una tertulia en casa de una actriz amada por Alberto Urdaneta, director del *Papel Periódico*, fue cuando la señora de casa preguntó al poeta:

—¿Quiere chocolate, Obeso?

—Lo segundo, mi señora. Lo segundo.

Este equívoco causó tal encanto al Chapetón Rodríguez, grabador de aquel periódico, que corrió a contarlo a su señora:

—Pues, oye, sí. La Benic le preguntó a Obeso, ¡ja! Ja! Usted toma chocolate, Candelario?

